

Olvidar a los niños es renunciar al porvenir- Eva Perón

Diario "Democracia", 11 de agosto de 1948.

Si tuviera que decir, en una síntesis, cuál es el problema que llama más poderosamente la atención y despierta en mí las más hondas angustias y paralelamente también la más decidida voluntad de contribuir a su solución, diría que es el problema de la niñez. Y eso por muchas razones. El problema del niño -del niño enfermo y sin recursos, del niño desvalido, del niño abandonado, del niño, en fin, que desconoce el calor del hogar, por infinidad de causas que son en su gran mayoría sociales- es un problema nacional y seguramente el más urgente de esta hora.

Y me impulsa a hacerlo, no sólo una razón sentimental, aunque entiendo - como argentina y como mujer que viene del pueblo y que conserva todo su amor por él- que, entre todos los necesitados, entre todos los desvalidos, entre todos los que en este país esperan aún la ayuda y el cariño que la vida les negó, el niño es el más digno de recibirlo. Porque es el más sensible y el menos responsable de esa situación.

(...)

Por este camino que vamos siguiendo o por otros que sabremos abrir **con la ayuda del pueblo trabajador que nos anima en la lucha, todos los niños necesitados de la Patria han de sentir los efectos de nuestra solidaridad.**

Ello no es una limosna, sino la ayuda fraternal de los hermanos mayores y más felices para con sus hermanos menores y sin hogar; y por eso mismo más dignos de recibirla y **más merecedores que nadie de nuestra ternura, de nuestros esfuerzos y de nuestro corazón.**



LA BELLEZA - EVA PERÓN

En mis hogares ningún descamisado debe sentirse pobre. Por eso no hay uniformes denigrantes. Todo debe ser familiar, hogareño, amable: los patios, los comedores, los dormitorios...

He suprimido las mesas corridas y largas, las paredes frías y desnudas, la vajilla de mendigos... todas estas cosas tienen el mismo color y la misma forma que en una casa de familia que vive cómodamente.

Las mesas del comedor tienen manteles alegres y cordiales, y no pueden faltar las flores; que nunca faltan en cualquier hogar donde hay una madre, o una esposa más o menos cariñosa con los suyos.

Las paredes deben ser también así, familiares y alegres: pinturas agradables y evocadoras, cuadros luminosos...

La vajilla es digna... Así mis descamisados pueden decirme cuando los visito en mis hogares, lo que tantas veces yo los he oído:

— Evita: me siento mejor que en mi casa.

Los niños de mis hogares no usan ninguna clase de uniformes. Cada uno tiene su ropa del color que les gusta, aunque solamente puede elegir de lo bueno... ¡no vaya a ser que acostumbrados a su pobreza elijan lo peor! Aunque esto es muy raro... ¡El buen gusto es lo último que se pierde en la pobreza!

No he querido que los pibes de los hogares se aíslen del resto del mundo. Por eso los chicos van a las escuelas oficiales, como todos los demás; y mezclados con los niños que tienen padres y hogar, nadie podrá ya distinguirlos. ¡A no ser que se los distinga por estar mejor vestidos y alimentados que los otros! (página 169, la razón...)

Extraído de: Perón, Eva. (1951). La razón de mi vida. Buenos Aires: Peuser. (Pág. 168)